

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

HA LLEGADO
ISAÍAS

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Megiött Ézsaiás*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1998, László Krasznahorkai

© de la traducción, 2009 by Adan Kovacsics

© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A. U.

Fotografía de la cubierta: Oriol Maspons y Julio Ubiña

ISBN: 978-84-92649-04-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 043 - 2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Luna, valle, rocío, muerte.

En marzo del año del Señor de 1992, entre las cuatro y las cuatro y cuarto de la madrugada del tercer día del mes, para ser precisos, es decir, apenas ocho años antes de la celebración del bimilenario de la era cristiana o, dicho de otro modo, del comienzo de los tiempos, en cierto sentido, pero a mucha distancia todavía del ánimo festivo que se avecinaba, el doctor György Korin detuvo el coche ante la entrada del bar NON STOP de la estación de autobuses, paró como pudo el motor, se apeó y—como quien está seguro de encontrar allí realmente, con esas cuatro palabras en la cabeza, aquello que buscaba después de pasar tres días sumido en un estado etílico—empujó la puerta sin titubear, se dirigió tambaleándose a un hombre solitario—la única persona que se hallaba ante la barra—y, en vez de derrumbarse en el acto, tal y como habría correspondido a su estado de embriaguez, le dijo, silabeando con enorme esfuerzo:

Querido ángel, llevo mucho tiempo buscándote.

El interpelado volvió la cabeza poco a poco hacia él. No podía asegurarse siquiera que fuese un hombre. Mostraba un rostro cansado, sin luz alguna en los ojos, y el sudor le cubría la frente por completo.

Llevo tres días buscándote sin parar, explicó Korin. Porque... has de saber por fin que esto ha vuelto a acabar... Que esto... la madre que lo parió... hizo una larga pausa, y sólo el silencio, no la rigidez de su rostro, reveló hasta qué punto contenía él la emoción reinante en su interior, aunque al final logró concluir esa frase, sin duda, desesperada y mil veces preparada: ... *ha vuelto a acabar.*

Con la misma parsimonia con que antes lo había mirado, el hombre se volvió entonces hacia la barra, se llevó el cigarrillo a los labios con un gesto no exento de cierta elegancia e inhaló profundamente, lo más profundamente que pudo, hasta

que el humo llegó a los bronquiolos terminales más remotos de los pulmones y, a continuación, al no poder ya más, apretó los labios, aguantó el humo un tiempo increíblemente largo y, sólo entonces, cuando la cabeza se le había puesto roja y las venas se le habían hinchado en las sienes, empezó a soltarlo en un finísimo hilo. Korin observó fijamente todo el proceso; no se sabía con exactitud si debido a que esperaba una respuesta o a que su mente se desconectó de pronto por unos instantes; sea como fuere, se quedó mirando al hombre, que se perdía un poco tras el humo que subía en espiral, y luego, sin quitarle la vista de encima ni poder siquiera apartarla, con un gesto tan perfecto como ciego, cogió un vaso vacío y dio un golpe en la barra, como para llamar al camarero. Este último, sin embargo, no apareció por ningún sitio; tampoco había más clientes en aquel bar parecido a un hangar, salvo en un compartimiento para dos situado a la izquierda de los lavabos, donde dos personas que daban la impresión de ser mendigos y de formar una pareja permanecían sentadas, muy arrimadas la una a la otra: un hombre ya mayor, aunque de edad indefinida dentro de su senectud, mugriento y de barba enmarañada, con unos cuantos lipomas del ta-

maño de una albóndiga, y una mujer igualmente mayor, de edad también imprecisable, delgada, sin dientes, de boca hundida y, precisamente por la forma de ésta, con una sorda serenidad en la mirada. Ellos, sin embargo, de alguna manera no contaban, porque se hallaban en cierto sentido demasiado lejos, un ápice más lejos de lo debido, aunque ese ápice resultaba, no obstante, decisivo, pues estaban más alejados en el mundo de aquel bar de lo que correspondía por el sitio que, de hecho, ocupaban, con unas botas atadas con cordeles y alambres, con sendos andrajosos abrigos de invierno ligados con bufandas a falta de botones, con una botella de un litro de vino ante ellos y con innumerables bolsas de plástico repletas hasta los bordes a su alrededor en el suelo. No abrían la boca, miraban al vacío y se sujetaban mutuamente las manos con suavidad.

Todo se ha ido al garete y todo se ha envilecido,
continuó Korin.

También podía expresarlo en el sentido, añadió con su forma de hablar entrecortada y difícil-

mente comprensible, como si fuera el intérprete de aquello que había de decir, pero con una argumentación que resultaría perfectamente clara para un notario de asuntos celestiales y terrenales, en el sentido, repitió, de que lo habían echado a perder todo y lo habían envilecido todo, porque en este caso, dijo, y cuando menos él, su interlocutor, debía saberlo con exactitud, no se producía un juicio divino de confuso significado en el que colaboraba la inocente ayuda humana—cuando pronunció las palabras «juicio divino», el vaso vacío tembló en su mano derecha—, sino todo lo contrario, se trataba de una sentencia pronunciada por el hombre contra sí mismo, de un dictamen sumamente ignominioso con trasfondo y participación divinas, es decir, de la manifestación última de la creación más vulgar que uno pudiera imaginar, de la plasmación de un mundo llamado humanizado siguiendo un plan inconmensurablemente basto, plasmación completa y perfecta, conseguida, en su opinión, de manera horripilante. Era, según él, horripilante, insistió, y, para otorgarle énfasis a este término, pronunció «horripilante» con increíble lentitud, se frenó hasta tal punto mientras avanzaba que casi se detuvo hacia el final, lo